

**Logronio 1092**

## Prólogo

Todos tenemos en nuestra memoria las historias de los grandes héroes que han forjado nuestra querida España. Desde pequeños, esas historias, contadas por nuestros padres, en la escuela o en cualquier reunión, han ido profundizando en nuestro subconsciente como gotas de agua de tal forma y manera que a veces llegamos a confundir la leyenda y la fábula con la realidad.

Pero hay que admitir que a nosotros solo nos ha llegado la historia de los triunfadores, la de los victoriosos, que son los únicos que pudieron escribir su relato. Perdón, mejor dicho, su ficción. Son ellos, los vencedores, los que han escrito la historia a su manera, modelando su fábula como arcilla fresca, dándole un desarrollo y una forma final acorde a sus apetencias y deseos.

Por supuesto, es inimaginable pensar que todos ellos no sean los buenos, los más magnánimos, los honorables, los bondadosos, los intachables..., etc., etc., que prefieren la muerte antes que el deshonor, la pobreza y la virtud antes que la traición, morir, si es preciso y la fábula lo requiere, antes que mancillar el honor de una dama.

Pero el vencido... ¡Ah!, el vencido es otra cosa. El vencido es el malvado, el avaricioso, el monstruo, el déspota, el traidor, el asesino que maltrata al pueblo, o a su pueblo, el..., y así hasta donde la imaginación nos lleve, añadiendo nombres siempre despectivos y calumniosos.

Pero, yo me pregunto: ¿qué hubiera pasado si el resultado hubiera sido distinto?, ¿si el desenlace real no fuera el conocido?, ¿si hubieran perdido? Pongo unos ejemplos.

¿Qué hubiera ocurrido si Viriato no hubiera sido asesinado y su territorio ocupado por las legiones romanas? ¿Qué hubiera ocurrido si se hubiera detenido el avance musulmán en el año 711 y no hubiera sido necesaria la Reconquista? ¿Qué hubiera ocurrido si la Armada Invencible hubiera conquistado Inglaterra? ¿Sería el mundo tal y como lo conocemos? ¿Qué hubiera ocurrido con todos esos héroes?

Yo me pregunto, ¿qué héroes tendríamos? ¿qué gestas estaríamos celebrando? ¿sería el mundo como es ahora? Creo que todos estamos seguros

de una cosa, de que no sería lo mismo. Sería distinto, ni mejor ni peor, solo diferente.

Siempre hemos escuchado historias sobre las grandes batallas de la antigüedad, sobre las gestas épicas, de valentía o de amor, pero llegado el momento hay que pensar: ¿es una historia verídica o es una leyenda literaria?

Yendo al tema de este libro, todos hemos oído el *Cantar del mío Cid*, a cuyo protagonista, Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid, los benditos monjes de San Pedro de Cardeña se dedicaron a adornar de virtudes y honorabilidad. Y debo hacer la misma pregunta: ¿el *Cantar del mío Cid* es una obra literaria muy bien adornada o son hechos históricos corroborados?

Debo inclinarme hacia lo primero. Los monjes de San Pedro de Cardeña, incentivados por las regalías recibidas del Cid, tanto mientras su esposa Jimena y sus hijas vivieron allí, como cuando recibieron el cuerpo del Campeador para su descanso eterno, quisieron agradecérselo con un bonito cuento, el *Cantar del mío Cid*, que los juglares del siglo XII se dedicaron a difundir por toda la tierra cristiana, convirtiéndose así en la primera obra literaria de nuestras letras, muy bonita, muy épica, pero nada más.

Es comparable a la historia de Robin Hood, tan noble, tan honrado, que robaba a los ricos para dárselo a los pobres, y que ahora que los historiadores están intentando separar la verdad de la leyenda, les está costando poder demostrar hasta que existiese en realidad el propio personaje, cosa que nosotros sí podemos asegurar de Rodrigo Díaz de Vivar, que sí existió.

O quizás, Ivanhoe. Otro príncipe envuelto en la niebla de la duda y de la fábula de las letras inglesas. O el suizo Guillermo Tell. Y así tantas historias de las letras europeas. Y, cómo no, el gran rey Arturo, el de la mesa redonda. Y así podríamos estar mucho tiempo nombrando leyendas basadas en hechos minúsculos, y posiblemente reales, pero moldeados a gusto del escritor para dar complacencia a su amo.

Basándose en ciertos hechos verídicos, los monjes de San Pedro de Cardeña, en agradecimiento a su gran benefactor, se dedicaron a retorcer la realidad ensalzando hasta lo infinito la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, cuando no a inventársela. Como por ejemplo la famosa *Jura de Santa Gadea*, que solo existió en la mente calenturienta del monje de turno. Está demostrado que Rodrigo era partidario de que Alfonso VI sucediera en el trono a su hermano

Sancho II, muerto en Zamora. O la famosa batalla que el Cid ganó después de muerto. ¿Qué mejor manera de ensalzar a su gran benefactor que hacerle ganar una batalla inexistente, y además muerto, cuando la muerte de Rodrigo fue por causas naturales y en su cama?

Sí, la verdad es muy distinta a lo que estos benditos monjes quisieron hacernos creer. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, era un guerrero, un gran guerrero y hombre de su tiempo, sin más. Ni tan bondadoso como nos quisieron hacer creer los monjes ni tan malo como decían sus enemigos. Era un hombre que, por circunstancias de la vida y por su propio interés, vendía su espada al mejor postor, cosa no muy extraña en aquella época en la que los propios reyes, a cambio de dinero, prestaban sus ejércitos a otros reyes, fueran cristianos o musulmanes, con tal de que pudieran pagar. De lo cual la Historia está llena de ejemplos. Una época en la que los enemigos de hoy eran los amigos de mañana, según sonara la bolsa del mejor postor.

Pero, volviendo al Cid. Era un hombre con sus luces y sus sombras. Sus luces eran un don especial para la estrategia militar, nadie como él sabía plantear una batalla para ganarla; sus sombras son los actos de venganza, motivados por el rencor, la envidia y el odio hacia el conde García Ordóñez, y a casi toda la nobleza leonesa. Quizás su peor actuación fue en 1092, cuando motivado por las razones anteriormente mencionadas, arrasó lo que hoy es La Rioja, pasando a cuchillo a los moradores de Calahorra, Alberite, Logroño y Nájara, dejando tras de sí lo que se llamaba *tierra quemada*. Tanto, que tres años después, el rey Alfonso VI tuvo que promulgar los fueros de 1095, para poder repoblar la tierra que Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid, había arrasado y despoblado por venganza, tres años antes.

Para finalizar, todo esto fue producto de una época, una época muy difícil en la que la vida en la frontera era muy compleja, muy espinosa, y mucho más reconocer a los amigos de hoy de los enemigos de mañana. Una época en la que solo importaban los intereses de los ricos y los poderosos, aunque este punto parece que sigue siendo igual en la actualidad. Una época que no podemos juzgar desde nuestra visión ética del momento, una época a la que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, perteneció. Pero como pertenecieron Alfonso VI, don Diego López, García Ordóñez, Diego Ansúrez, Áhmed II ibn Yúsuf al-Mustáin, Al-Qádir, etc. Y también nuestro protagonista de esta novela, Alvar.



## Capítulo primero

### Alberite

Situado en lo más alto del monte Cantabria, inmerso en la oscuridad de la noche, bajo una gruesa manta de lana teñida de negro, su figura se mantenía firme a pesar de las inclemencias del tiempo. Sus ojos vigilantes escudriñaban el fértil valle que se abría ante él. Agazapado entre los muros de piedra de la antigua ciudad celtíbera de Cantabria, llevaba ya varias horas escondido para no ser descubierto. Oculto bajo aquella capa, un joven de apenas dieciséis años intentaba aguantar como podía los rigores de la noche. Hacía frío, mucho frío. No en vano estaban a primeros de marzo del año del Señor de 1092, y el aire helado de la noche le azotaba el rostro sin piedad, helándole la piel, cuando no eran pequeños trozos de hielo que llevados por el viento se hundían en su joven rostro.

Hacía una hora escasa que el sol se había escondido por el oeste. Cada día, como un peregrino más, el astro rey recorría el cielo camino de Santiago de Compostela. Surcaba con paso lento pero seguro, por encima de los tejados de la pequeña población de Logronio hasta desaparecer tras las lomas camino de Nájara, la antigua capital del orgulloso reino de Nájara-Pamplona. La densa oscuridad había tomado por derecho propio el espacio que antes dominaba la luz del día. Solo habían pasado unos minutos cuando la consecuente bajada de temperatura envolvió al joven haciéndole tiritar y para colmo el viento había comenzado a arreciar aumentando aún más la sensación de frío en su cuerpo. A lo lejos, negras y pesadas nubes le impedían ver la fina silueta de los montes Distercios donde las azuladas luces, que desaparecían a la misma velocidad que florecían, rasgaban sin piedad la negrura del horizonte, iluminando por un segundo la noche, volviendo de inmediato a la pegajosa oscuridad antes de que el sonido del trueno llegara hasta él. En su ánimo estaba el intentar mantenerse firme en su misión de vigilancia, pero aquellos fenómenos naturales bastaban para distraerle y de vez en cuando, hacerle apartar los ojos de su objetivo, la vigilancia del valle del Iregua.

–¡Maldita sea! –exclamó con rabia. «Lo que faltaba, esta noche habrá tormenta», pensó mientras sus ojos volvían a clavar su atención en la misión que tenía encomendada.

No hacía más de un siglo y medio que aquel fértil valle solo era una zona pantanosa, llena de fango, juncos y charcas ocultas, tan profundas que hasta las bestias desaparecían en su interior. Pero en el año 859, tras la conquista de Albailda por Ordoño I, rey de Asturias, y García Íñiguez, rey de Pamplona, su situación cambió. Con la intención de repoblar aquella zona, ambos reyes comenzaron a favorecer a los que se instalaban en el valle, con escaso éxito, ya que seguía siendo tierra de frontera.

Pero en el 923, la fundación del monasterio de San Martín de Albailda, con motivo de la celebración de la conquista de Nájara y Viguera, había animado a muchas más personas a la colonización del valle. Eso sí, siempre bajo la protección de San Martín.

A partir de ese instante, súbditos del rey Ordoño II, rey de León, y de Sancho Garcés I, rey de Nájara-Pamplona, fueron llevados hasta allí o animados a hacerlo, para construir sus viviendas en Albailda, en los alrededores del convento de San Martín, procediendo entonces a sanear y limpiar las orillas del río Iregua para transformarlas en tierras de cultivo. De eso habían pasado ciento setenta años, y ahora aquellos ojos estaban mirando esas mismas tierras con recelo y miedo.

El joven alzó con pesar la mirada hacia el cielo. La luna todavía no había hecho su aparición, aunque con aquellos nubarrones de color gris plomizo y aspecto amenazante, que a lomos del Cierzo recorrían por encima de su cabeza el valle del Ebro en dirección a la taifa de Zaragoza a gran velocidad, no albergaba esperanza de que la luz del astro de la noche pudiera iluminar la campiña. Solo esperaba que cuando se detuviera el viento, las nubes no comenzasen a arrojar su carga de agua sobre él y los pocos hombres que con la misma misión que él, allí había.

Situado entre las ruinas de la antigua ciudad celta de Cantabria, destruida por el rey goda Leovigildo en el 575, el joven Fortún observaba el único punto de luz que destacaba en todo el valle. Con desesperación y angustia veía cómo las llamas consumían la vecina aldea de Alberite. Sus llamas rasgaban con violencia las tinieblas iluminando el lugar.

Todo había empezado al mediodía. Apenas se había escuchado en la zona el último eco de la campana de la iglesia de Alberite, antigua Alber-iter para los romanos, cuyo significado es «camino de la blanca», llamando al rezo del ángelus, cuando aparecieron por el este las banderas del señor, el rey de la taifa de Zaragoza, Áhmed II ibn Yúsuf al-Mustáin, y al frente la enseña de Rodrigo Díaz de Vivar. Al principio, los vecinos de Alberite no se alarmaron al ver la enseña del de Vivar. Cristiano como ellos y súbdito del mismo rey, Alfonso VI, no tenían motivos para recelar de ellos. Craso error. Rodrigo detuvo su caballo a unos escasos cien metros de la aldea, a la vez que los *hasham*, mercenarios musulmanes, y los *gundis*, tropa regular de la taifa de Zaragoza, comenzaron a rodear el núcleo urbano. Sin prisa, con los caballos al paso, en menos de media hora acabaron el cerco. Los atemorizados aldeanos comprendieron tarde las intenciones de aquella tropa mandada por el de Vivar. Asustados, se escondieron en sus casas confiando en que los tejados de paja y sus paredes de adobe los protegerían de los *hasham* o los *gundis*.

El silencio se hizo denso, pegajoso, eterno. De repente, a una señal de Rodrigo, el grito de su jefe lo hizo añicos.

—*Allahu akbar'*, Alá es grande.

De inmediato las tropas musulmanas comenzaron el ataque. Los caballos, enjaezados con las artes de la guerra, comenzaron a recorrer las callejuelas ensartando con sus *azagayas* a todo aquel desgraciado que pillaban fuera de su casa. Otras veces se ponían a su lado por diversión y desde sus monturas le cortaban la cabeza con sus *tabarzin*, hachas de doble filo, que rebanaban el cuello del aldeano mientras corría, dándose escenas en que el cuerpo sin cabeza aún seguía corriendo durante unos metros, mientras su cabeza rodaba por el suelo. Pero lo peor no había llegado. Una orden de su jefe se elevó por encima de todos.

—¡Arqueros, disparad!

Miles de flechas con fuego en sus puntas llovieron aquel mediodía frío sobre los tejados de Alberite. La paja comenzó a arder y sus moradores comenzaron a salir despavoridos de sus hogares ante el miedo de morir abrasados. En sus locas carreras se tropezaban con los cuerpos de sus vecinos asesinados instantes antes, cayendo al suelo, dando con sus rostros sobre la sangre de sus vecinos y amigos. El horror de la matanza se mostraba entonces



en toda su magnitud. Asustados, alzaban con rapidez sus rostros ensangrentados para caer segundos después en manos de los *hasham* que recorrían con sus espadas largas las travesías, ensartando con ellas a cualquier aldeano que se les cruzara. Los gritos de pavor se entremezclaban con los gritos de los moribundos que arrojados sobre el suelo eran pisoteados por los caballos. La sangre comenzó a correr por las callejuelas pintando de rojo sus adoquines, mientras el cielo se mantenía de un gris plomizo, dispuesto a lavar con la lluvia las señales de esta carnicería.

Algunos, viendo lo ocurrido en la calle, se resistían a salir de sus casas. Preferían, en su locura, morir abrasados que a manos de aquellos asesinos. Pero tampoco tuvieron oportunidad. Los *gundis* entraban en sus casas ardiendo y eran atados por los pies como reses tras lo cual eran arrastrados por los adoquines de las estrechas callejuelas, siendo desollados vivos por la dureza de la piedra, hasta que cansado de la diversión, el *hasham* que montaba el caballo le clavaba su azagaya en el corazón, dejándolo como basura en medio de la calle.

Todo esto ocurría sin que fueran conscientes las aldeas colindantes. Media hora después del comienzo de aquella matanza, un caballo al galope, con un moribundo sobre su lomo, llegó a las puertas de Logronio, junto al río Ebro. Con una flecha en el torso y varios cortes en las piernas, aquel desgraciado había sobrevivido lo suficiente como para llegar y avisar a los confiados vecinos de Logronio.

–Nos están matando..., huid –repetía con voz entrecortada aquel moribundo.

–¿Quién? –preguntaba consternado don Jeremías, el párroco de la iglesia de San Blas.

–El Cid..., el Cid... –pudo repetir dos veces– ...el Ci... –y entregó su alma a Dios.

Don Jeremías solo pudo darle la extremaunción y las últimas bendiciones para salvar el alma de aquel desgraciado.

De inmediato, dejando el cuerpo al cargo de alguno de los vecinos que se habían arremolinado junto a ellos, se dirigió con prisa a comunicar a las autoridades lo acontecido.

–¡Alvar! ¡Alvar! –gritó al entrar en una de las casas de Logronio.

–¿Qué ocurre, Padre? –exclamó una voz desde el interior.

-Están atacando Alberite –dijo con una mueca de horror en su rostro.

-¿Qué están atacando qué...? –exclamó alarmado sin poder creerse lo que el sacerdote casi escupía.

-¡Alberite!

-¿Quién? –preguntó con rapidez.

-Las tropas de Áhmed II ibn Yúsuf al-Mustáin al mando de Rodrigo Díaz de Vivar –sentenció.

Alvar no añadió nada. Salió de su casa sin esperar a don Jeremías y se dirigió a la iglesia en la que una incipiente torre comenzaba a destacar por encima de su tejado junto a una naciente muralla que partía de la misma. Con agilidad para su edad, ya que hacía tiempo que las canas se habían adueñado de su cabello, se encaramó a la torre dirigiendo su mirada hacia el lugar del que le estaban hablando.

Situada a menos de dos leguas hacia el sur, Alberite ardía por los cuatro costados. Desde su posición, el joven Fortún, protegido bajo la manta, llevaba varias horas viendo aquella masacre sin sentido. Solo eran labriegos y pequeños ganaderos de cabras los que vivían en aquella aldea sin importancia alguna. «¿Qué habían podido hacer?» se preguntaba con desasosiego.

Durante toda la tarde estuvo observando lo que allí ocurría, desde que Alvar organizara la vigilancia en las ruinas de la ciudad de Cantabria, lugar inmejorable para esa función. Aunque no podía oír los gritos de aquellos desgraciados que corrían para salvar su vida, podía ver cómo las sombras de hombres armados a caballo, como fantasmas en la noche, eran las causantes del incendio, así como del asesinato de sus habitantes, ya que los que no estaban ocupados en mantener las llamas se dedicaban con sus largas espadas a cortar las cabezas de los que habían capturado, o a lancear con sus azagayas o jinetas a los que corrían asustados para huir, acabando sobre el barro, con el rostro sangrante hundido en el mismo. Los pocos supervivientes que podían escapar se fundían con las sombras de la noche junto a las orillas del río Iregua, el cual, tras nacer en las cumbres de la sierra de la Demanda y bajar embravecido, encajonado entre rocas, formando cañones, pequeñas cascadas y algunos rápidos, luchaba con bravura al pasar por las últimas piedras bajo la atenta mirada del castillo del antiguo reino de Viguera, tras lo cual se entregaba manso al valle, lamiendo con sus aguas, las aldeas de Nalda, Albailda y Alberite,

antes de morir plácidamente en el río Ebro, entre la pequeña aldea de Logronio y la ciudad de Vareia.

–¡Malditos sean! –se le escapó como un lamento sin remedio de su garganta–. Maldito mercenario... –añadió con rabia–. Maldita sea tu estirpe – exclamó alzando un poco más la voz.

–¿Qué ocurre? –preguntó asustada una voz joven tras él–. ¿Vienen ya?

–No, no... –exclamó con prisa. Luego repitió–: Nada, nada... –replicó sin volver la cabeza–, por desgracia estoy viendo cómo asesinan esos bastardos a nuestros vecinos de Alberite.

–Es muy posible que mañana nos toque a nosotros –sentenció la voz en la oscuridad.

–Eso si pueden cogernos... –dijo Fortún casi sin emoción alguna en su helado rostro–. Por lo menos, nosotros tenemos a Alvar y estamos advertidos, por lo que podremos escapar... –comentó sin dejarse llevar por la tristeza–, pero esos pobres desgraciados... –añadió como un lamento.

Luego, con amor en su corazón, miró hacia abajo, hacia su aldea, la cual estaba en calma. «¿Qué será de ti mañana?», pensó con tristeza.

Situada bajo sus pies, la observó durante un instante con lágrimas en los ojos. No en vano en ella había nacido, había jugado, había crecido, había conocido a su primer amor y quizás mañana en ella moriría. Entre su posición en lo alto del monte Cantabria y su amada aldea, el río Ebro discurría con velocidad, separándolo con violencia de ella. Sus aguas, casi embravecidas por las últimas tormentas, habían aumentado notablemente su caudal, y el deshielo, que ya había comenzado en los montes Distercios y en los Obarenes, había contribuido a ello, produciendo a su paso un amenazador grito de guerra avisando a todo aquel infeliz que quisiera cruzarlo, que si lo intentaba le esperaba la muerte. Pero, por suerte, hacía ya unos sesenta años que existía un puente de piedra que unía las dos orillas, pudiendo acceder sin peligro a su hogar.

Su aldea, Logronio, no tenía muchos años. Decidido el rey Sancho Garcés III, rey de Nájara y Pamplona a proteger a los peregrinos que iban a Santiago de Compostela, resolvió el cambiar el recorrido del mismo llevándolo por sus territorios para así poder protegerlos mejor. Solo había un problema, el antiguo vado de Illo Gronio únicamente se podía vadear en verano, y no siempre, por lo que se animó a construir un puente. Aquello hizo que lo que antes eran un par

de casas de pescadores, junto al vado, dependientes de la ciudad de Vareia, al hacerse el puente animó a mucha más gente a establecer allí sus casas. El poder cruzar seguro el río, atrajo a mucha gente de la comarca, alentándoles a que se instalaran junto al puente de piedra, dando lugar a la pequeña aldea que era ahora y que se llamaba Logronio, en detrimento de la milenaria ciudad de Vareia, la cual no disponía de puente.

Esta, sumida en la oscuridad se preparaba en silencio para la batalla. Bueno, para intentar sobrevivir a aquella mortal amenaza, ya que no tenía ninguna posibilidad de vencer y mucho menos de sobrevivir. Las estrechas callejuelas que desembocaban en el puente estaban vacías, al igual que la pequeña plaza del mercado que se abría bajo la protección de la iglesia visigótica de San Blas, a medio construir todavía, que alzaba una incipiente pared con una plataforma de madera que en un futuro conformarían la torre de la iglesia. A pesar de estar en construcción, sobresalía por encima del resto de las casas, proporcionando también un buen puesto de vigilancia.

A media distancia entre Alberite y Logronio, cientos de hogueras, alrededor de las cuales un ejército invasor se movía de un lado a otro, iluminaban la noche. Frente a sus tiendas, a la luz de las hogueras, estaban clavadas en el suelo las astas de sus estandartes. El viento movía con fuerza sus pendones, los cuales lucían la media luna con orgullo, y al frente de aquellas tropas un viejo conocido de aquellas pobres gentes, Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid. Tiempo atrás, cuando servía todavía a Alfonso VI y a la vez al rey de la taifa de Zaragoza, [Áhmed II ibn Yúsuf al-Mustaín, si estaba en Zaragoza y le llamaba el rey de Castilla, subía por el Ebro expoliando de sus víveres a los pobres habitantes de la ribera para alimentar a sus mercenarios; y si era al revés, que bajaba desde Burgos a Zaragoza para acudir a la llamada del musulmán, hacía lo mismo, por lo que aquella pobre gente lo sufría siempre.](#)

De pie, mirando hacia el lugar donde suponía que estaba su próximo objetivo, Logronio, Rodrigo, con el rostro arrugado, aguantaba con estoicismo las primeras gotas de lluvia, las cuales le resbalaban por la barba para caer en la loriga de cuero que portaba bajo una capa de lana fina. A su alrededor, el alboroto de los soldados no le impedía concentrarse en el objetivo del día siguiente, Logronio. Fue el ruido de los cascos de un caballo al llegar el que le sacó de aquella postura.

–¿Qué ocurre, Gastón? –preguntó sin mirar casi a su lugarteniente.

–Nada, Sire, todo va como es vuestro deseo –contestó el recién llegado que había echado ya pie a tierra.

–¿Habéis talado sus árboles frutales? –preguntó sin turbación.

–Sí, Sire –contestó con confianza–, Alberite arde por completo, sus tierras y cosechas están destrozadas y sus gentes masacradas, tal y como habéis ordenado.

–¿Habéis dejado escapar a alguno? –preguntó dejando dibujar en su rostro un gesto de ironía.

–Sí, lo hemos hecho –exclamó con otra sonrisa mordiente, imitando sin dudar a su señor.

–Perfecto... –expuso Rodrigo–. Así podrán divulgar lo que les ocurre a los se oponen a Rodrigo Díaz de Vivar –dijo con satisfacción, pero sin mover un músculo de su rostro–. Mañana será Logronio y dentro de dos días Nájara, y luego, Faro –afirmó con rabia, con ira desenfundada, sin apartar la mirada del lugar donde debía estar aquella pequeña aldea inmersa en la oscuridad, que parecía interponerse en su camino–. Así aprenderá ese cobarde de García Ordóñez a no despreciarme y a no presentarse a la batalla cuando se le convoca –acabó diciendo, casi rechinando los dientes por la ira y la cólera.